

# EL COMANDANTE Y SU RESPONSABILIDAD\*

Adolfo Paúl Latorre  
Capitán de Navío

*El comandante se debe antes que todo a sus hombres, de quienes es responsable y a quienes debe apoyar en toda circunstancia*

## PRIMERA LECCION

En un día como hoy, hace ya algunos años, tuve en suerte asumir el mando del cazasubmarinos *Papudo*. En dicha oportunidad expresé a la dotación, que me escuchaba curiosa y atenta —como vosotros lo estáis haciendo ahora— que mis deseos eran ser el comandante de un buque eficiente y feliz. Afortunadamente, gracias a la comprensión, voluntad y esfuerzo de los hombres que formaban ese equipo humano, mis deseos se vieron ampliamente satisfechos.

Igualmente, en esta oportunidad os digo que mis deseos son los mismos y estoy seguro que con la ayuda de Dios y la de todos vosotros, el *Williams* continuará siendo —como lo ha sido durante su larga trayectoria en la Armada— un buque eficiente y feliz. En relación a este último concepto, quisiera hacer algunas reflexiones.

La felicidad es la meta del hombre en la vida. Es, sin embargo, un concepto abstracto y difícil de explicar, puesto que es, ante todo, un estado de ánimo. Pienso que un hombre feliz es

aquel que goza de paz consigo mismo, que tiene orden interior, a pesar de los vaivenes que conlleva el vivir. A mi juicio, hay dos elementos básicos para alcanzar la felicidad: El amor y el trabajo.

Por el amor tiene sentido la vida, pero éste exige un esfuerzo personal, un renunciamiento. Por eso, podríamos decir que no hay felicidad sin amor y que no hay amor sin sacrificio.

Por otra parte, el trabajo es la realidad cotidiana de cada uno. Nos pasamos la vida trabajando; el trabajo es la ley natural de nuestra existencia y el medio para disfrutar los verdaderos goces de la vida. El trabajo da consistencia a la vida personal al fijarla a una labor determinada. Sentirse identificado con el trabajo que se tiene es la forma ideal de desarrollar una tarea profesional. Es por eso que yo creo que una persona volcada a la afectividad y a la vida profesional es, básicamente, una persona feliz. ¡Nosotros, los marinos, tenemos esa suerte!

Ahora bien, ¿no creen ustedes que un buque cuya dotación está formada por personas felices —vista la felicidad desde la perspectiva

---

\* Las ceremonias de cambio de mando, tan sencillas como solemnes y significativas, constituyen ocasiones propicias para reflexionar en torno a diversos conceptos y valores a los que adhiere nuestra institución.

Por estimarlos de interés de nuestros lectores, *Revista Marina* reproduce los discursos pronunciados por el autor en las ceremonias de recepción y entrega del mando del *DOG Almirante Williams*.

que yo les he sugerido— tiene que ser, como consecuencia lógica y natural, un buque eficiente? Miradas las cosas desde este punto de vista, pareciera que alcanzar la felicidad y la eficiencia es algo fácil. Sin embargo, no lo es; como todas las cosas en la vida su logro requiere tenacidad, esfuerzo, sacrificio y responsabilidad.

Al llegar a este punto, también quisiera hacer algunas reflexiones. A mi juicio, el sentido de responsabilidad es un concepto que quizás abarca y conduce a todos los anteriores. Pero, ¿qué es responsabilidad?, ¿cómo debemos entenderla?

Pienso que responsabilidad es, básicamente, el cumplimiento honrado, digno y cabal del deber, ser auténtico y honesto, buscar lo verdadero, con perseverancia y objetividad. Es adoptar ante la vida una postura reflexiva y de realismo crítico, con el propósito de evidenciar nuestros errores y tomar —o proponer a quien corresponda— las medidas más apropiadas para corregirlos.

Responsabilidad es lealtad; es la valentía de disentir con argumentos, la humildad de reconocer los errores propios y la generosidad de comprender los ajenos.

Responsabilidad es valor: Saber cumplir nuestro deber sin que nos arredren las dificultades, amenazas o peligros, defender siempre lo justo y decir en toda ocasión la verdad.

Responsabilidad es hacer siempre el bien; es disciplina, abnegación y espíritu de cuerpo; es un permanente interés por perfeccionarnos física, intelectual, moral y profesionalmente. Es iniciativa, entusiasmo, voluntad y patriotismo; es laboriosidad, cooperación con el servicio y espíritu militar; es dar el ejemplo; es compañerismo, franqueza, hidalguía y caballerosidad, es carácter, firmeza y energía; pero es también humildad y sencillez, buen humor y sana alegría. Es también prudencia, provisión y saber ahorrar o gastar sabiamente.

Responsabilidad es amar a Dios, a la patria y a la familia; es fidelidad; es amar al prójimo; es la deferencia mutua. Es no hacer a otros lo que no deseáramos nos hiciesen a nosotros. Es tener siempre presente que la autoridad del jefe está dada para servir a los demás y no en beneficio personal.

Responsabilidad es rechazar con firmeza y virilidad las doctrinas extranjerizantes o ideologías políticas totalitarias, que niegan los valores de la nacionalidad y la naturaleza trascendente de la persona humana. Es el sentimiento de querer hacer de Chile una gran nación, moderna y desarrollada, en que predominen el orden y la libertad, la justicia y el progreso; una nación

digna, libre y soberana; una nación de hermanos, que luchen y trabajen en pos del bien común y de los más altos intereses nacionales.

Responsabilidad es la corrección de nuestros actos en el servicio y en las actividades de la vida privada; es, en fin de cuentas, tener un elevado sentido del honor. Y, en último término, responsabilidad es: “Vencer o morir”, el lema de nuestro buque y de nuestra Armada.

Sí, señores, para nosotros, como marinos militares profesionales, dar la vida en defensa de la patria constituye la expresión más sublime de la responsabilidad.

Vencer o morir es el legado que nos dejaron Prat y sus hombres; es la exigente y delicada responsabilidad que nuestra historia, nuestros héroes y nuestra tradición nos imponen; una responsabilidad que, llevada al plano de los comandantes de la Armada de Chile, podríamos expresar en la forma de una tarea ineludible: “Conducir su buque y su tripulación hacia aquel lugar donde se triunfa o se muere”. Esa es la gran responsabilidad que yo, como vuestro comandante, estoy asumiendo en estos precisos momentos.

Tripulantes del destructor *Williams*: ¡Sé muy bien cuál es mi deber y mi responsabilidad!, ¡sé también que un comandante se debe antes que todo a sus hombres; de los cuales es responsable y a quienes debe apoyar en toda circunstancia! Es por esto que ahora ante vosotros, ante Dios y ante nuestra sagrada bandera, prometo poner todo mi empeño en cumplir con mi deber y en responder a la confianza que el alto mando institucional ha depositado en quien ahora os habla.

Para ser digno merecedor del título de comandante y poder realizar eficazmente mi misión, humildemente le pido a Dios —desde estas aceras cubiertas— que me conceda las virtudes que debe tener todo jefe: Prudencia y justicia, benevolencia y fuerza, rigidez y tacto, comprensión y buen sentido; también le pido a El que nos ayude a cada uno de nosotros, a ser responsables y cumplidores de nuestros deberes.

Sólo así nuestro *Williams* será un buque eficiente y feliz, obtendremos de él un óptimo rendimiento de su capacidad de combate y estaremos en condiciones de utilizar al máximo su potencia ofensiva. Entonces, sólo entonces, podremos disuadir a nuestros potenciales enemigos de una eventual agresión y mantener la paz. Sin embargo, si el caso llega, no me cabe duda alguna de que cada uno de vosotros —fieles herederos de nuestras honrosas tradiciones navales— estará dispuesto a acompañarme a la Gloria o a la Victoria.

## ULTIMA LECCION

Se dice que es muy fácil —en una ceremonia de cambio de mando a bordo— saber cuál es el oficial que está a punto de ser relevado y cuál es el que lo va a relevar: El que tiene la cara larga y triste es el que se va; el que tiene una sonrisa de oreja a oreja es el nuevo comandante.

Aunque el comandante que se va tiene muchas satisfacciones profesionales tras de sí y un buen trabajo le espera, sabe que sus nuevos deberes no estarán a la altura del mando que deja. El nuevo comandante —por otra parte— no tiene seguridad de que en su período de mando todo vaya bien, pero está ansioso por poner a prueba su capacidad y experiencia, a cambio de las responsabilidades del mando.

Esta responsabilidad del comandante, a bordo de un buque de guerra, es total. Los hombres de mar lo comprenden muy bien. El comandante es el hombre que en el momento de peligro o de emergencia en la mar no puede recurrir a ningún otro; un hombre que está solo y que es el responsable en última instancia de la seguridad de la navegación, de la eficiente ingeniería, del fuego preciso y del estado de ánimo de la dotación de su buque. Ya que estamos hablando acerca del mando y de la responsabilidad del comandante, me parece pertinente recordaros lo que os dije en cierta oportunidad acerca del concepto del mando. Mandar es servir: Servir a Dios, en cuyo nombre se manda, servir a los que uno manda y servir a la causa que nos alienta, la patria, a la que debemos adhesión e incluso la propia vida.

Es por eso que el comandante de un buque, además de servir a Dios y a la patria, tiene la obligación de dar un buen mando —es decir, una conducción sabia, prudente y justa— a los hombres que forman su tripulación, hombres que representan el capital más precioso de la Armada, puesto que es el hombre el que decide y actúa a través de las máquinas o sistemas de armas. Indiscutiblemente, las cualidades humanas siguen siendo el recurso esencial de las unidades de combate.

Ahora bien, siendo los hombres lo más importante de un buque de guerra, es natural que ellos constituyan la preocupación fundamental del comandante. Por eso —durante mi año de mando— centré en vosotros mis mayores esfuerzos y dedicación, preocupándome personalmente desde los pequeños detalles materiales que contribuyen a una armónica convivencia diaria a bordo, hasta los aspectos intangibles de orden moral. Permanentemente os insté a identificaros con los valores que sustenta nuestra institución y a alcanzar el fin que

nos es común, pero no en forma compulsiva —por temor a la represión o al castigo— sino que por la convicción de que perseguimos un fin noble por el que vale la pena luchar.

Es que, a fin de cuentas, los aspectos de orden moral o espiritual son los más importantes; simplemente por el hecho de que la guerra es —en último término— una pugna de la voluntad. Que como sabemos es “la fuerza del querer”; la disposición, el ánimo, la firmeza y energía del alma que quiere acometer una tarea o empresa. La voluntad es lo que hace al hombre grande o pequeño y es una condición necesaria para conseguir la victoria.

Fue justamente esa voluntad —que vosotros demostrásteis con vuestro trabajo tesonero y abnegado, vuestro interés y entusiasmo y vuestro espíritu de cuerpo— lo que hizo posible que el *Williams* lograra un excelente rendimiento y que se mantuviera a bordo un ambiente de sana camaradería. Pienso que no sería presunción de mi parte decir que logramos la meta anhelada, que nuestros esfuerzos se vieron coronados por el éxito y que el *Williams* fue durante el último año —como lo ha sido tradicionalmente— un buque eficiente y feliz.

Hay otro aspecto que quisiera destacar en esta ocasión y al que se han referido algunos autores que han escrito sobre temas relacionados con el mando. Dicen estos autores que “las cualidades del comandante —su personalidad, su competencia profesional, su sentido táctico y su carácter— son factores que condicionan en gran medida el éxito o fracaso de su unidad y que en ninguna parte se concreta mejor que en un buque de guerra la identificación de una unidad con un hombre, puesto que el comandante ejerce una influencia preponderante en la vida y en la moral de su dotación”.

Evidentemente, no puedo saber en qué medida contribuí al éxito que tuvimos, ni si vosotros os habéis sentido identificados con quien ahora os habla. Sin embargo —después de esta experiencia maravillosa al mando del *Williams*— sí os puedo asegurar que me sentí plenamente identificado con vosotros y que, por eso mismo, me vi impulsado a dar lo mejor en mi desempeño como comandante. No podría haber sido de otro modo, al percibir de todos y de cada uno de vosotros una actitud positiva —de unidad, eficiencia y disciplina—; al sentir vuestro calor y apoyo, al palpar vuestra amistad y aprecio y también vuestra lealtad. Os agradezco, de todo corazón, la confianza que habéis depositado en mí. Y también le doy gracias a Dios por la oportunidad que me ha brindado de poder servir a Chile a bordo de nuestro querido *Williams*.

En estos momentos —lo digo con sinceridad y un legítimo orgullo— le estoy haciendo entrega al comandante que se recibe, de un buque con un elevado grado de alistamiento y un excelente equipo humano; bien entrenado y motivado profesionalmente, es decir, en las mismas condiciones que estaba cuando me hice cargo de él. Lograr esto —aparentemente una tarea simple— no fue fácil; durante el año pudimos apreciar lo que cuesta mantener un alto nivel de excelencia.

Dejo el *Williams* con cierta tristeza —no podría negarlo— pero me voy con la satisfacción del deber cumplido. Tengo la íntima convicción de que fui comandante de un buque cuya dotación está preparada para la guerra; no sólo profesional sino que también anímicamente y que —estoy seguro— estaría dispuesta a dar lo máspreciado de sí en defensa de la patria, si algún día se vieran amenazados los valores supremos de la nación.

